

sepultados; otros, piernas de caballos á que aun estaba adherida la piel; algunas águilas, posadas sobre huesudas cabezas de camellos, se elevaban al acercarnos lanzando gritos de cólera, y volvian à cernerse, aun en medio de los tiros que les disparábamos, sobre su hedionda presa. Las altas yerbas, los juncos, los arbustos de la playa, estaban igualmente atestados de aquellos despojos de hombres ó de animales. No todo era el resultado de la guerra: el tifus, que talaba á Acre hacia muchos meses, sacrificaba lo que habian perdonado las armas; apenas quedaban mil doscientos ó mil quinientos hombres en una ciudad de doce à quince mil almas, y diariamente se arrojaban al campo ó al mar los cadáveres nuevos que el mar echaba al fondo del golfo ó que los chacales desenterraban en los campos. Llegamos hasta la puerta oriental de aquella desgraciada ciudad; el aire no se podia respirar; no entramos en el pueblo, pero torciendo á la derecha, siguiendo los muros derruidos donde trabajaban algunos esclavos, atravesamos el campo de batalla en toda su estension, desde los muros de la ciudad hasta la quinta de los antiguos bajás de Acre, construida en medio de una llanura á una ó dos horas de la orilla del mar. Al acercarnos á aquella quinta de magnífica apariencia, y flanqueada por elegantes kioskos de arquitectura india, vimos largos surcos un poco mas elevados que los que abre el ara-

do en nuestras tierras de labor; aquellos surcos podian tener media legua de longitud sobre igual anchura con corta diferencia; la cima del surco se eleva á unos dos piés sobre el nivel del suelo; aquel era el punto del campamento de Ibrahim y la sepultura de quince mil hombres que hizo enterrar en aquellas trincheras sepulcrales; largo rato caminamos con dificultad por aquel suelo que cubria apenas tantas víctimas de la ambicion y del capricho de lo que se llama un héroe.

Acelerábamos el paso de nuestros caballos, cuyos piés tropezaban continuamente en los cadáveres y rompian los huesos que habian descubierto los chacales, y fuimos á acamparnos á cosa de una hora de aquel funesto sitio, en un delicioso prado de aquella llanura, todo regado por agua corriente, sombreado por palmeras, naranjos y limoneros dulces, y fuera del viento de San Juan de Acre cuyas emanaciones nos persiguen. Aquellos árboles, que formaban un verdadero jardin en medio de la desnudez de la llanura de Acre, habian sido plantados por el penúltimo bajá, sucesor del famoso Djezzar-Bajá. Algunos pobres árabes, refugiados en chozas de tierra, nos suministraron naranjas, huevos y pollos: allí dormimos.

Al dia siguiente, M. de Laroyére pudo apenas levantarse de su estera y montar á caballo; todos sus miembros embotados por el dolor se negaban

al menor movimiento. Sintió los primeros síntomas del tífus, que sus conocimientos médicos le enseñaban à distinguir mejor que nosotros; pero como el sitio no ofrecia abrigo ni recursos para establecer á un enfermo, nos dimos prisa á alejarnos ántes de que el mal adquiriese mas gravedad, y fuimos á hacer noche á quince leguas de allí, en la llanura de Tiro, en las orillas de un rio rodeado de inmensas junqueras y no lejos de una ruina aislada que parece haber pertenecido á la época de los cruzados. El movimiento y el calor habian reanimado á M. de Laroyère: acostámosle bajo la tienda y fuimos á matar patos y gansos silvestres que se alzaban, como nubes, de entre los juncos á la orilla del rio; aquellas aves sustentaron todo aquel dia la caravana.

Al dia siguiente, encontramos en la orilla del mar, en un sitio delicioso, sombreado por cedros marítimos y magníficos plátanos, á un agá turco que volvia de la Meca con un numeroso séquito de hombres y de caballos. Establecimonos debajo de un árbol junto á la fuente, no lejos de otro árbol donde estaba almorzando el agá: sus esclavos hacian pasear sus caballos, entre los cuales me llamó la atencion un magnífico potro árabe, y encargué á mi dragoman que entrase en negociacion con el agá para comprarle. Enviósele de regalo algunas de nuestras provisiones de camino y un par de pistolas de piston; él nos regaló en

cambio un alfouge de Persia. Hice pasar mis caballos delante de él para traer de un modo natural la conversacion sobre este asunto, y lo conseguimos, pero la dificultad consistia en proponerle que me vendiera el suyo. Mi dragoman le contó que uno de nuestros compañeros de camino estaba tan enfermo que no podia hallar un caballo que tuviese el paso bastante suave para él, con cuyo motivo dijo el agá que tenia uno en cuyo lomo se podia tomar una taza de café á galope, sin que se cayese ni una gota: aquel era precisamente el hermoso animal que yo habia admirado y que tanto deseaba adquirir para mi muger. Despues de muchos ambajes y circunloquios, acabamos por entrar en trato, y me quedé con el cadallo, al que puse por nombre *El Kantara*, en conmemoracion del sitio y de la fuente en que le compré. Montéle al instante mismo, para acabar la jornada, y en mi vida he montado caballo mas ligero; no se sentia ni el movimiento elástico de sus lomos, ni la reaccion de su casco sobre las piedras ni el mas leve peso de su cabeza sobre el bocado. Con el cuello corto y airoso, sacando los brazos como una gecela, creia uno montar una ave que volaba en vez de correr, tan insensible y rápido era su movimiento; así es que corria mas que ningun otro caballo árabe de cuantos he visto; su piel era de un color gris aljofarado: regalésele a mi muger, que no quiso montar ningun otro en todo

el tiempo que pasamos en Oriente. Siempre echaré de ménos aquel caballo completo:—habia nacido en el Khorassan, y no tenia mas que cinco años.

Al anochecer llegamos al pozo de Salomon; al dia siguiente temprano entráramos en Saide, la antigua Sidon, escoltados por los Francos del pueblo y por el hijo de M. Giraudin, nuestro escelente vice-cónsul en este pueblo. Tambien hallamos en Saide á M. Cattafago, à quien conocimos en Nazaret, y à su familia; acababa de hacer construir una casa en aquella ciudad y se ocupaba en los preparativos del casamiento de una de sus hijas. Como la antigua Sidon no ofrece ya ningun vestigio de su pasada grandeza, no hicimos otra cosa mas que dejarnos agasajar por M. Giraudin, y nos entregamos al placer de hablar de Europa y del Oriente con aquel interesante y amabilísimo anciano. Patriarca en la tierra de los patriarcas, nos presentaba en sí y en su familia la imágen de todas las virtudes patriarcales cuyas costumbres nos recordaba tambien con las suyas.

El tifus se caracteriza con todos sus síntomas en la enfermedad cada vez mas seria de M. Laroyére. No pudiendo ya levantarse para montar á caballo, fletamos una barea en Saide para llevarle por mar à Berut; nos ponemos en camino con lo restante de la caravana; despacho un correo à lady Stanho-

pe para darle las gracias por lo mucho que ha tenido la bondad de hacer en mi favor cerca del caudillo Abugosh, y suplicarla que aproveche las ocasiones que se le presenten de anunciar mi próxima llegada á los árabes del desierto de Bka, de Balbeck y de Palmira.

5 de Noviembre.

Pasamos la noche en unas antiguas ruinas abandonadas en la orilla del mar: escribo por la noche algunos versos en las páginas de mi Biblia;—alegría por acercarnos à Berut despues de un viage tan felizmente llevado á cabo;—hallamos en el camino un ginete árabe portador de una carta de mi muger:—todo va bien, Julia disfruta de escelente salud;—me aguardan para ir á pasar algunos dias en el monasterio de Antura, en el Líbano, con el patriarca católico que ha venido en persona á convidarnos. A las cuatro de la tarde descarga una furiosa tempestad; las nubes se rasgan de repente encima de las montañas que están á nuestra derecha; el estruendo del flujo y del reflujo de aquellos pesados nubarrones contra los picos del Líbano que los desgarran, se confunde con el estruendo del mar, que parece una llanura de nieve revuelta por un furioso vendabal. La lluvia no cae, como

en Occidente, en gotas mas ó menos frecuentes, sino en arroyos continuos y pesados que golpean al hombre y al caballo como la mano de la tempestad; la luz ha desaparecido completamente; nuestros caballos andan entre torrentes mezclados con piedras arrastradas, y a cada instante se ven a pique de ser arrastrados al mar. Cuando se despeja el cielo, nos hallamos a la vera del plantío de los pinos de Facardin, a media legua del pueblo; —la patria es algo para los animales como para los hombres; aquellos de entre mis caballos que reconocen aquel sitio por habernos llevado a él muchas veces, aunque despeados por trescientas leguas del camino, relinchan, aguzan las orejas y brincan de alegría en la arena;—dejo á la caravana desfilar lentamente bajo los pinos; lanzo mi caballo *Líbano* al galope, y llego trémulo el corazón de inquietud y alegría, a los brazos de mi muger.

Julia estaba divirtiéndose en una casa inmediata con las hijas del príncipe de la montaña, nombrado gobernador de Berut durante mi ausencia; —me ha visto llegar desde lo alto del terrado, y al instante la veo venir exclamando:—¿Dónde está? ¿Es él?

Entra, se precipita en mis brazos, me cubre de caricias, luego corre por el cuarto, brillando en sus hermosos ojos lágrimas de alegría, levantando los brazos y repitiendo:—¡Oh! qué contenta estoy! ¡qué

contenta estoy!—vuelve y vuelve á sentarse en mis rodillas y á abrazarme una y mil veces. Habia en la estancia dos jóvenes padres jesuitas del Líbano visitando á mi muger y en largo rato no pude dirigirles una palabra de atencion; enmudecidos ellos tambien delante de aquella candorosa y vehemente niña hácia su padre, y ante el celeste brillo que el júbilo añadía á la hermosura de aquella cabeza radiante; permanecian en pié, llenos de admiracion; —nuestros amigos y nuestra comitiva llegan poco despues, y llenan con nuestros caballos y nuestras tiendas los campos de moreras.

Paso algunos dias de descanso y contento, recibiendo las visitas de nuestros amigos de Berut: los hijos del emir Beschir, que han bajado de las montañas, por órden de Ibrahim, para ocupar el pais, que amenaza sublevarse en favor de los turcos, están acampados en el valle de Nar-el-Keb á cosa de una hora de mi casa.

7 de Noviembre 1832.

El cónsul de Cerdeña, M. Bianco, relacionado hace muchos años con aquellos príncipes, nos convida a una comida que les da. Llegan vestidos con magníficos caftanes, todos tejidos de hilo de oro; sus turbantes se componen igualmente de las

mas ricas telas de Cachemira. El primogénito de los príncipes, que manda el ejército de su padre, lleva un puñal cuyo mango está todo embutido de diamantes de inestimable valor. Su séquito es numeroso y singular; en medio de un gran número de Musulmanes y de esclavos negros, se halla un poeta, enteramente semejante, por sus atribuciones, á los bardos de la edad media; su obligación consiste en cantar las virtudes y las hazañas de su amo, en componerle historias cuando le llama para matar el tedio, en estarse de pié detras de él á la mesa para improvisar versos, especies de brindis políticos en honor suyo ó de los convidados á quienes quiere agasajar el príncipe.

Tambien hay un capellan ó confesor maronita católico que nunca se aparta del príncipe, ni aun en la mesa, y que es el único á quien le está permitida la entrada en el harem; — aquel sacerdote es un fraile de fisonomía jovial y guerrera, en un todo semejante a lo que entendemos por un capellan de regimiento. Este á causa de su carácter eclesiástico, se sienta a la mesa; el poeta se queda en pié. Aquellos príncipes, y sobre todo el mayor, no parecen en manera alguna cortados de ver nuestros usos, ni por la presencia de las mugeres europeas; hablan con todos nosotros, con el mismo desembarazo, la misma finura de modales, la misma libertad que si se hubieran criado en la corte mas elegante de Europa. La civilizacion oriental

está siempre al nivel de la nuestra, porque es mas antigua, y originalmente mas pura y perfecta. Para un hombre despreocupado, no hay comparacion entre la nobleza, el decoro y la gracia severa de las costumbres árabes, turcas, indias, persas, y las nuestras; en nosotros se ven los pueblos jóvenes, que salen apenas de unas civilizaciones duras, groseras, incompletas: en ellos se ven los hijos de buena sangre, los pueblos herederos de la sabiduría y de la virtud antiguas. Su nobleza, que no es mas que la filiacion de las virtudes primitivas, está escrita en sus fuentes, y aun en sus trages: y luego es de advertir que no hay pueblo entre ellos. La civilizacion moral, la única que tomo en cuenta, está en todas partes al mismo nivel: el pastor y el emir son de la misma familia hablan la misma lengua, tienen los mismos usos y participan de la misma filosofía, de la misma grandeza de tradiciones, que es la atmósfera de un pueblo.

A los postres, los vinos de Chipre y del Líbano circulan con profusion; los árabes cristianos y la familia del emir Beschir, que es cristiana, ó cree serlo, los deben sin dificultad cuando llega el caso. Brindamos por la victoria de Ibrahim, por la emancipacion del Líbano, por la amistad de los Francos y de los árabes; luego, en fin, el príncipe propuso un bñndis por las damas presentes al festin; en seguida su bardo empezó á improvisar por

orden del príncipe, y cantó en recitativo y á grito pelado, unos versos árabes cuyo sentido era poco mas ó menos el siguiente:

“Bebamos el jugo de Eden que embriaga y regocija el corazon del esclavo y del príncipe,—el vino de los majuelos que plantó el mismo Noé cuando la paloma, en vez del ramo de olivo, le trajo del cielo la cepa. Por la virtud de este vino, el poeta por un instante se convierte en príncipe, y el príncipe se convierte en poeta.

“Bebámosle en honor de estas jóvenes y hermosas Francas que vienen del país donde toda muger es reina. Los ojos de las mugeres de Siria son dulces, pero están velados. En los ojos de las hijas de Occidente hay mas embringuez que en la trasparente copa que estoy bebiendo.

“Beber vino y contemplar el rostro de las mugeres, es para el musulman pecar dos veces; para el árabe es gozar dos veces y bendecir á Dios de dos maneras.”

El mismo capellan pareció encantado de aquellos versos, y cantaba el estribillo del bardo riéndose y apurando su copa; el príncipe nos propuso el vistoso espectáculo de una caza de altanería, diversion habitual de todos los príncipes y jeques de Siria, de donde trajeron este uso á Europa los cruzados.

9 de Noviembre, 1832.

El clima, á escepcion de algunos vendabales en el mar y de algunas lluvias hácia el mediodía, es tan hermoso como en el mes de Mayo en Francia. Apenas empiezan las lluvias, empieza una nueva primavera; las paredes de los terrados que sostienen las laderas cultivadas del Líbano y las fértiles colinas de las cercanías de Berut se han cubierto hasta tal punto de vegetacion, en pocos dias, que la tierra desaparece enteramente bajo el musgo, la yerba, las enredaderas, y las flores; la cebada verde alfombra todas las campiñas, que no eran mas que polvo á nuestra llegada; las moreras, que están echando la segunda hoja, forman, al rededor de las casas, bosques impenetrables al sol; vense de trecho en trecho, los tejados de las casas diseminadas en el llano, que salen de aquel Océano de verdura, y las mugeres griegas y sirias con su rico y brillante trage, semejantes á reinas, que toman el aire en los pabellones de sus jardines; pequeños senderos encajonados en la arena conducen de una á otra casa, de una á otra colina, por entre aquellos jardines continuos que se estienden desde el mar hasta el pié del Líbano: siguiéndolos, se ha-

lla uno de repente, en los dinteles de aquellas casitas, las mas deliciosas escenas de la vida patriarcal;—matronas y doncellas, sentadas á la sombra de las moreras ó de las higueras, a su puerta, bordando ricos tapices de lana de brillantes colores;—otras, atando el cabo de un hilo de seda á árboles distantes, los devanan andando lentamente, y cantando, de un árbol a otro;—hombres andando por el contrario, hácia atrás, ocupados en tejer telas de seda, y tirando la lanzadera, que otro hombre les devuelve tirándola del mismo modo; los niños están tendidos en cunas de junco ó en esteras, á la sombra;—algunos están suspendidos de las ramas de los naranjos;—los corpulentos carneros de Siria, de inmensa y rozagante cola, demasiado pesados para poder moverse, están tendidos en unos hoyos que se abren de intento para ellos en la tierra fresca delante de la puerta; una ó dos hermosas cabras, de largas orejas, pendientes como la de nuestros perros de caza, y á veces una vaca, completan el cuadro campestre; el caballo del amo está siempre tambien allí, cubierto de su magnífico arreo, y pronto á ser montado; este caballo forma parte de la familia, y parece que se toma interés por todo lo que se hace y se dice al rededor de él;—su fisonomía se anima como la de un rostro humano; cuando un estrangero se presenta y le habla, aguzza las orejas, levanta los labios, arruga la nariz, tiende la cabeza al viento y olfatea al desconocido

que le acaricia; sus ojos dulces, pero profundos y pensativos, brillan, como dos ascuas, bajo la hermosa y larga erin de su frente. Las familias, griegas, sirias y árabes de cultivadores que habitan aquellas casas al pié del Líbano, nada tienen de selvático ni de bárbaro; mas instruidos que los patanes de nuestras provincias, todos saben leer, y todos entienden dos lenguas, el árabe y el griego; son mansos, pacíficos, laboriosos y sobrios; ocupados toda la semana en labrar la tierra ó la seda, descansan el domingo, asistiendo con sus familias á los largos y vistosos oficios del culto griego ó siríaco; luego vuelven á sus casas para comer un poco mejor que los dias de labor; las matronas y las doncellas, vestidas con sus mas ricas galas y el cabello trenzado y todo sembrado de azahar, de alelies y de claveles, se están sentadas sobre esteras en el portal de sus casas con sus vecinas y sus amigas. Seria imposible pintar con la pluma la hermosísima variedad de los grupos que forman aquellas mugeres en el campo: todos los dias veo allí caras de mugeres que el mismo Rafael no entrevió siquiera en sus sueños de artista. La belleza de aquellas mugeres es muy superior á la belleza italiana y griega; reúne la pureza de las formas, la delicadeza de los contornos, en una palabra, lo mas perfecto que nos han dejado el arte griego y el romano, pero singularmente realzado por una candidez primitiva y sencilla en la espresion,

por una serena y voluptuosa languidez, por una luz celestial que derraman sobre las facciones unos ojos azules rodeados de negras pestañas, y por una gracia en la sonrisa, una armonía en las proporciones, una blancura animada de color, una indecible transparencia de cutis, un barniz metálico en el cabello, una elegancia de movimientos, una singularidad de actitudes, y un metal claro y vibrante de la voz, que hacen de la jóven siria la húrta del pairaso de los ojos. Esas hermosuras admirables y variadas son tambien muy comunes; nunca ando una hora por el campo sin encontrarme algunas que van á las fuentes ó vuelven con sus urnas etruscas sobre el hombro, y con las piernas desnudas rodeadas de brazaletes de plata; los hombres y los muchachos van el domingo á sentarse, por todo descanso, sobre esteras tendidas al pié de algun corpulento sicomoro, no lejos de una fuente; allí se están inmóviles todo el dia, contando historias maravillosas, bebiendo de cuando en cuando una taza de café ó de agua fresca; otros se van á la cima de los collados, y allí se los ve tranquilamente agrupados entre sus viñas ó sus olivos, gozando con delicia de la vista del mar que señorean aquellas alturas, de la transparencia del cielo, del canto de las aves y de todos aquellos instintivos placeres del hombre puro y sencillo que nuestras poblaciones han perdido por la estrepitosa algazara de la taberna ó los vapores de las orgías. Jamas esce-

nas mas bellas de la creacion se vieron pobladas y animadas por mas puras y hermosas impresiones; la naturaleza aquí es un himno perpetuo a la bondad del Criador, y ningun tono falso, ningun espectáculo de miseria ó de vicio, turban, para el extranjero, la hechicera armonía de este himno;—hombres, mugeres, aves, brutos, árboles, montañas, mar, cielo, clima, todo es bello, todo es puro, todo es espléndido y religioso.

19 de Noviembre 1832.

Esta mañana fuí de madrugada con Julia á pasear por la colina que los griegos llaman San Dimitri, á cosa de una legua de Berut, en el camino del Líbano, y siguiendo oblicuamente la curva de la línea del mar. Dos de mis árabes nos acompañaban uno para guiarnos, y otro para ir al lado del caballo de Julia y recibirla en sus brazos si se alborotaba el caballo. Cuando las senderos eran demasiado rápidos, nos apeábamos un momento y recorriamos á pié los terrados naturales ó artificiales que forman una serie de escalones de verdura de todo el collado de San Dimitri. Muchas veces en mi niñez me he representado aquel paraiso terrenal, aquel Eden de que todas las naciones conservan un recuerdo, ya como un hermoso sueño, ya co-

mo una tradicion de un tiempo y de un pais mas perfectos; he seguido á Milton en sus deliciosas descripciones de aquella encantadora morada de nuestros primeros padres; pero esto, como en esta naturalza escede infinito á la imaginacion, Dios no ha concedido al hombre la facultad de alcanzar con su imaginacion la belleza de sus obras. Yo habia soñado el Eden, y ahora puedo decir que le he visto.

Luego que hubimos caminado media hora, bajo los arcos de nópalos que encajonan todos los senderos del llano, empezamos á subir por caminitos mas angostos y escarpados, que todos llegan á mesetas sucesivas, desde donde sucesivamente se va descubriendo mejor el horizonte de la campiña, del mar y del Líbano. Aquellas mesetas, de mediana anchura, están todas rodeadas de árboles desconocidos en nuestros climas, y cuya nomenclatura ignoro por desgracia; pero su tronco, la estension de sus ramas, las formas nuevas y estrañas de sus copas cónicas ó piramidales ó en forma de alas, dan á aquella cenefa de vegetacion una gracia y una novedad de aspecto que caracterizan muy bien el Asia. Su follage tambien tiene todas las formas y todos los matices, desde la negra verdura del ciprés hasta el verde gris del olivo, hasta el amarillo del limonero de la China, cada una de las cuales bastaria para guarecer del sol la frente de un niño, hasta las ligeras recortaduras del árbol del té, del granado y de otros innumerables arbus-

tos cuyas hojas se parecen á las del peregil, y forman como una leve cortina de encages vegetales. A lo largo de aquellas cenefas de arbolado reina una cenefa de verdura que se cubre de flores á su sombra. El interior de las mesetas está sembrado de cebada, y en algun rincon, dos ó tres copas de palmeras ó la sombría y redonda cúpula del colossal algarrobo, iudican el sitio donde un cultivador árabe ha construido su cabaña, rodeada de algunos majuelos, de un foso defendido por empalizadas verdes de higueras de la India, cubiertas de sus espinosos frutos, y de un pequeño huerto de naranjos sembrados de claveles y de alelies para adorno del cabello de sus hijas. Cuando por casualidad el sendero nos conducia á la puerta de aquellas casas hundidas, como nidos humanos, en aquellas olas de verdura, no veiamos en la fisonomía de sus felices y honrados moradores ni sorpresa, ni disgusto, ni cólera. Saludábannos, sonriéndose al ver la hermosura de Julia, con el piadoso saludo de los orientales: *Saba el Kair*, bendito sea el dia para vosotros. Algunos nos suplicaban que nos parásemos bajo sus palmeras; traian, con arreglo á sus facultades, una estera ó una alfombra, y nos ofrecian frutas, leche ó flores de su jardin: á veces aceptábamos y les prometiamos volver á llevarles á nuestra vez alguna cosa de Europa; pero su cortésia y su hospitalidad no eran en manera alguna interesadas. Esta gente quiere de veras

á los Francos, que saben curar todas las enfermedades, que conocen las virtudes de todas las plantas y adoran al mismo Dios que ellos.

De una de aquellas mesetas subiamos á otra, y siempre veiamos las mismas escenas, las mismas cercas de árboles, el mismo mosaico de vegetacion en el terreno que rodean; solamente que de meseta en meseta, el magnífico horizonte se ensanchaba, las mesetas inferiores se estendian como tableros de damas de todos colores, donde los setos de arbustos, aglomerados y agrupados por la óptica, formaban bosques y manchas sombrías bajo nuestros piés. Seguimos aquellas mesetas de colina en colina, bajando de cuando en cuando á los valles que la separan,—valles mil veces mas umbrosos, mas encantadores aún que las colinas,— todos velados por las cortinas de árboles de los terrados que los dominan, todos sepultados en aquellas olas de aromática vegetacion, pero todos sin embargo, con un estrecho boquete por donde se estendia la vista sobre el llano y el mar. Como el llano desaparece á causa de la elevacion de estos valles, parece que estos desembocan inmediatamente sobre la playa; sus árboles se destacan en negro sobre el azul de las olas, y á veces nos divertiamos, sentados al pié de una palmera, en ver las velas de los buques, que estaban en realidad á cuatro ó cinco leguas de nosotros, deslizarse lenta-

mente de un árbol á otro como si hubieran navegado por un lago, cuya inmediata márgen formaban aquellos valles.

Llegamos en fin, por pura casualidad, al mas completo y encantado de aquellos paisages.

—Volveré á él muchas veces.

Fórmale un valle superior, abierto de oriente á occidente, y encajonado en los pliegues de la última cordillera de colinas que avanza sobre la gran vega por donde corre el NARTH-BERUT. Nada puede describir la prodigiosa vegetacion que alfombra su fondo y sus laderas; aunque, por ambos lados, sus paredes son de piedra, están á tal punto cubiertas de líquenes de toda especie, tan empapadas de la humedad que destilan gota á gota, tan vestidas de brezos, de helechos y de arbustos arraigados en sus imperceptibles grietas, que es imposible imaginar que aquello que vegeta así es la roca viva. El piso es una tupida alfombra de uno ó dos pies de densidad, un terciopelo de vegetacion fecunda, matizada de tintas y de colores, sembrado por donde quiera de ramilletes de flores desconocidas, de mil formas, de mil colores, que ora duermen inmóviles como las flores pintadas en un lienzo tendido en nuestros salones; ora, cuando la brisa del mar se desliza por ellas, se levantan con yerbas y los ramos, de donde se escapan como la seda de un animal á

quien acariciamos á contra-pelo, se matizan de tintas ondeantes, y semejan un rio de verdura y flores. Entonces salen de aquella espesura bocanadas de deliciosos aromas, multitudes de insectos de alas de mil colores, innumerables pajarillos que van á posarse en los vecinos árboles; el aire está poblado de sus gorgoros que se responden, del zumbido de enjambres de abispas y de abejas y de aquel sordo murmullo de la tierra en primavera, que se toma, con razon tal vez, por el rumor sensible de las mil vegetaciones de su superficie. Las gotas de rocío de la noche caen de cada hoja, brillan sobre la yerba y refrescan el suelo de aquel pequeño valle á medida que el sol se eleva y empieza á hacer resbalar sus rayos sobre las altas cimas de los árboles y de las rocas que le rodean.

Almorzamos allí, sobre una piedra, á la entrada de una caverna donde se habian refugiado dos gacelas al ruido de nuestras pisadas. Nos guardamos muy bien de turbar el asilo de aquellos hermosos animales, que son á aquellos desiertos lo que el cordero es á nuestros prados, lo que las palomas domesticadas son á los tejados y á los patios de nuestras cabañas.

Todo el valle estaba tapizado con las mismas móviles cortinas de ramage, de musgo, de vegetacion; no podiamos reprimir una exclamacion á cada paso; no me acuerdo de haber visto nunca tanta vida en la naturaleza, acumulada y rebo-

sando en tan pequeño espacio. Seguimos aquel valle en toda su longitud, sentándonos de cuando en cuando donde la sombra nos parecia mas fresca, y dando aquí y allí una palmada en la yerba para hacer saltar las gotas de rocío, las bocanadas de aromas y las nubes de insectos que se alzaban de su seno como polvo de oro. ¡Cuán grande es Dios! ¡Cuán profunda é infinita debe ser la frente de donde emanan todas esas vidas, y esas bondades! Si hay tanto que ver y admirar en un solo pequeño rincón de la naturaleza, ¿qué será cuando se descorra el telón de los mundos para nosotros, y contemplemos el conjunto de la obra sin fin? Es imposible ver y reflexionar sin sentirse inundado de la evidencia interior en que se refleja la idea de Dios. Toda la naturaleza está sembrada de espléndidos fragmentos de aquel espejo en que se pinta Dios!

Al llegar hacia la embocadura occidental del valle, el cielo se ensancha, sus laderas se rebajan, su declive va inclinándose ligeramente, las cimas, brillantes con la nieve del Líbano, se alzan en el cielo velado con ardientes vapores; baja uno con la mirada, desde aquellas nieves eternas á aquellas negras manchas de pinos, de cipreses ó de cedros, luego á aquellas profundas barrancas donde la sombra reposa como en su nido; luego, en fin, á aquellos picos de peñascos de color de oro, á cuyo pié se estienden los altos Maronitas y las aldeas de